

Charlie Parker. El ángel demonizado

Javier de Cambra

El Urogallo, nº97, junio 1994, ps. 53-56

Fue el pianista Randy Weston quien hace unos meses pudo lanzar la pista que encaminó mis pasos a la reapertura de un caso tantas veces cerrado. Hablada de Charlie Parker (*Bird*) y su declaración resonó categórica: «*Bird* tenía la apariencia de un ángel». Pueden recordarse las palabras de Albert Ayler acerca de Coltrane («John era como un visitante en este planeta») y la también célebre afirmación en la que Charles Mingus proclama que Eric Dolphy era estrictamente «un santo», pero que Weston, un hombre que ha tratado sabios, locos y músicos de tres continentes, reconociera en Parker, en aquel encuentro temprano, a un ángel, contenía todas las señas de la iluminación. Había, pues, que volver a Parker, releer la literatura en torno a él y, en los descansos, bandearse con temas tan ajenos al saxofonista como la pluritoxicomanía, la depresión que devasta y la muerte temprana; el camino de Parker hasta intentar habitarlo, hasta intentar sobrevivirlo.

Enfrentarse de nuevo, de forma constante, a la música de Parker resulta tan noble como aleccionador. Si la escucha sistemática y sostenida de un músico lleva tarde o temprano a emprenderla con otro, la audición reiterada de Parker puede provocar la inspiración de dejar de escuchar... a otros. Y exige una cierta fortaleza, pues la luminaria constante de ideas musicales de Bird hace desconfiar muy mucho de las propias capacidades (como intentar medir el propio índice de actividad en la lectura de cualquier biografía de Napoleón Bonaparte).

Y el espíritu de Charlie Parker también aparecía en el mismo territorio de la vida, de la vida del jazz, en su encarnación como Johnny Carter, el héroe de Cortázar en *El perseguidor*, y el saxofonista Malik [54] Yaqub corporeizando a Johnny Charlie Carter Parker en el homenaje madrileño a Julio Cortázar, a quien dió la voz de su tenor, cosas del vecindario de Kansas City en el homenaje a tío Julio. Parecía ya claro que yo no andaba persiguiendo a Parker, bien posible que fuera Parker quien me persiguiera a mí, en la pregunta, la indagación sostenida, ¿quién demonios era Charlie Parker? Y a cada vuelta, venía la respuesta en las palabras de Weston: «Un ángel, un ángel, un ángel.»

La investigación musical continuaba (valga para el lector la referencia de los estudios dedicados a Parker por Andre Hodeir, en *Hommes et problèmes du Jazz*, y Martin Williams en *La tradición del Jazz*), pero el estudio del hombre, la reapertura del caso Parker, venía a llamar la atención sobre un fenómeno tan corriente como la satanización del enemigo: la demonización del ángel. Múltiples son los testimonios en torno al encanto personal, el magnetismo y la fuerza ciclópea de Bird, pero un biógrafo tan cuidadoso, y amigo del biografiado, como George Reisner se ve precisado a sostener: «Era suave,

astuto, cortés, fascinante y, en general, luciferino, demasiado luciferino». Vaya, no sólo diabólico, sino demasiado diabólico: efectivamente, resulta *demasiado*. ¿Qué es lo que en realidad se está diciendo?

Al poco de la muerte de Charlie Parker, el disc-jockey Jazzbo Collins postuló: «Creo que en toda la historia del jazz no ha habido un músico más reconocido y menos comprendido que él». Tristemente, sus palabras pueden seguir teniendo significado hoy respecto al Parker hombre, o, más claramente, al Parker toxicómano. Y es que hasta la fecha, casi nadie le ha perdonado que muriera a los 34 años. Su mejor biógrafo, Ross Russell, pudo hacer justicia en torno a la realidad de Parker como artista, como creador en el mundo en que vivió: «En una sociedad mecánica y militarista, cualquiera, ya sea blanco o negro, que tiene talento y nuevas ideas, tiene problemas. Y, si además, vive adelantado a su tiempo, está permanentemente en peligro. Y si encima es negro, tiene aún muchos más problemas. El sentimiento de peligro siempre acompañaba a Charlie» (no me resisto a ponerlo en relación con una reflexión, en el epistolario del maestro Paul Bowles: «Desarrollar las características sensuales de uno, no importa lo sutiles que éstas sean, le deja a merced del mundo físico y de sus acometidas cada vez más destructivas. Hay que ser una persona sumamente insensible hoy en día para poder continuar siendo un artista»). Y el siempre penetrante Martin Williams tiene el valor de poner en relación la forma de su arte y su modo de vida: («Puede que su constante y extrema dependencia de la inspiración, sus frecuentes negativas a dejarse llevar y su insistencia en inventar siempre fueran el tipo de reto que ningún hombre sensible puede aceptar sin llamar al desastre»).

Pero en la hojarasca de la literatura dedicada a Parker abunda más el reproche y el dedo acusador: ¿Pero qué hace ese genio negro drogándose? Sobrevivir, prepararse para la muerte, empezar a morir, seguramente. Y más de uno, por ejemplo un redactor español en los fascículos *Los gigantes del Jazz*, tiene a bien insistir en que también había otros músicos y negros que no se drogaban tanto; el Parker éste no es víctima sino de sí mismo, se viene a concluir. Una bella cortina de humo en su mismo planteamiento (¿víctima de la sociedad o de sí mismo?) que ya fuera aventada por Dizzy Gillespie, en su día: «Y cuando uno es negro, ¿dónde hay que trazar la línea divisoria?». Y el último grito en la crítica jazzística, James Lincoln Collier, el que explica que Coltrane soplabá tanto porque era un neurótico (la verdad es que podría dedicar el resto de su carrera a presentar formas de arte sin neurosis, seguramente, alguna habrá) no duda en acudir a un término clínico-psiquiátrico para encerrar a Parker: sociópata.

Como siempre, parece que los músicos le entendieron mejor. Valga citar sólo dos testimonios, que en su brevedad, alcanzan el corazón de la vida de Parker. El cantante Dave Lambert manifestó: «En su vida experimentó todo salvo la paz» y el pianista John Lewis resumió: «Bird había dado muchísimo [55] de sí mismo». Antes de pasar a un tercer testimonio, recapitulemos una historia —ésta sí— muchas veces contada. En los últimos años de su vida, Charlie Parker había roto cualquier lazo razonable con el

mundo: había perdido a sus compañeros músicos de la primera hornada, su carrera musical había sido puesta prácticamente en manos del empresario musical Norman Granz y el caos como forma de vida, como atajo hacia la muerte, se desarrollaba en espiral. Ahora puede ser el momento de cederle la palabra al pianista Duke Jordan (en testimonio recogido por Natt Hentoff en *Jazz is*): «A medida que pasaban los años, Bird empezó a enfriarse. En 1948 vio a un médico que le dijo que sólo le quedaban unos seis meses de vida, a menos que se tomara un descanso completo de varios años, cosa que jamás hizo. Tenía las úlceras muy mal, y todo el cuerpo se le estaba helando».

Caramba, caramba, caramba. Resulta, entonces, que por Duke Jordan podemos saber que a los 28 años Charlie Parker se convierte en un desahuciado, que desde esa fecha, cuando ha realizado ya lo mejor de su producción musical grabada para las discográficas independientes Dial y Savoy, Charlie Parker vive cada uno de sus días y de sus noches con la muerte siguiendo a su sombra y atenazada a su cuello. Un hombre solo, un hombre que siempre estuvo solo («solo, como jamás lo estuvo un solitario», en el verso de Novalis), un genio que oyó el sonido que buscaba antes de conseguirlo sobre la caña de su saxo alto, queda mano a mano con la muerte, con el destino, se podría admitir. Es cierto que para entonces Parker ya llevaba quince años como consumidor de estupefacientes y se había producido la crisis nerviosa que le llevó al internamiento en Camarillo. Pero no es menos cierto que muchos otros músicos fueron usuarios de la heroína y algunos consiguieron sobrevivir. Parker se metía más que ellos —y tal vez más que todos juntos— y Parker también era más inteligente que todo lo que le rodeaba. Sin duda habría podido sobrevivir. Le habían pronosticado seis meses de vida y vivió seis años, multiplicando las dosis de to- [56] das sus dependencias. Charlie Parker habría podido sobrevivir, tal vez sólo con abandonar alguno de sus hábitos, pero no le pidáis a un drogodependiente que abandone la adicción una vez desahuciado.

Y estremece, tanto como la escucha de *Parker's mood* por Bird, e irrita, tanto como la versión vocal del mismo tema por King Pleasure enterrándole en vida, el que ni un solo crítico, ni un solo apologista de Charlie Parker haya reproducido el testimonio de Duke Jordan. Interesa bastante más, parece ser, el demonio rebelde que el ángel desahuciado. Seis años de su vida, esperando la muerte, seis años en los que un proceso depresivo real se instalaba en la voladura cerebral que el consumo desmedido de drogas establece, seis años para tocar con grupos de cuerdas, la orquesta cubana de Machito y las JATP de Norman Granz. El delirio, la muerte de la más pequeña de sus hijas, el descontrol absoluto, el intento de suicidio... todo se trama sobre la inevitable presencia de la muerte. No fue el triunfo y el reconocimiento (en su carácter bien relativo en la sociedad jodidamente racista en la que vivió) lo que llevó a Parker al desastre final; fue el conocimiento y la convivencia continua con la muerte en los últimos años de su vida. Parker, como otros, sabía que estaba en la lista de espera y no le dió por ponerse cariñoso con los amigos y las gentes: la lucidez se manifestaba en la desesperación. Y la desesperación y la lucidez,

tienen una imagen precisa: Charlie Parker y Bud Powell extendiendo la mano en petición de limosna, en Times Square. No quiero decir aquí a quién estaban insultando, aunque podéis saberlo.

Valga ya, pues, esta primera noticia sobre la reapertura del caso Parker y convoco al lector a contemplar los seis últimos años de vida de Charlie Parker a la luz de su desahucio. Seguro que seguiremos comprendiendo más cosas. Quien escribe puede confesar su extenuación en el momento y hasta una cierta prisa por volver a escuchar las cuatro tomas de *La cucaracha* (*La cucuracha*, en los créditos) que Parker grabó con Machito.

Y volver al Parker anterior, cuando aún podía sentirse dueño (y devastador) de su propia vida, cuando cambió para siempre la música de este siglo. Y que las últimas palabras sean del propio Parker, manifestadas al cantante Babs Gonzalez: «Espera a que todo el mundo se enriquezca usando tu estilo y tú no tengas qué comer, y después ven a hablarme de las drogas».